

## “YO ME QUERÍA TIRAR A ABRAZAR LOS HUESOS”<sup>1</sup>

Eisenstaedt, Eva, *Padres de Plaza de Mayo. Memorias de una lucha silenciosa*. Buenos Aires, Marea Editorial, 2014. 160 pp.

### UN POCO DE CONTEXTO

Muchas personas hemos escuchado hablar de las madres de la Plaza de Mayo y nos hemos conmovido con su entereza al buscar a sus seres queridos, a pesar de la incertidumbre y del tiempo transcurrido desde su desaparición. Sabemos de múltiples casos de hijos y de nietos recuperados a través de su lucha y búsqueda. No obstante, en una ocasión fui a Buenos Aires y platiqué con algunas de estas queridas compañeras, a quienes les pregunté por “los padres de la Plaza de Mayo”. La respuesta fue “algunos estaban desaparecidos y otros asumieron que iba a ser más difícil que nos agredieran a nosotras que a ellos, por lo que se quedaron en la esquina cuidándonos, por si había algún tipo de problema. Algunos más se encargaron del trabajo doméstico para que nosotras pudiéramos estar aquí, siempre bajo el supuesto de que nosotras íbamos a ser potencialmente menos agredidas.”

<sup>1</sup> Un padre ante la posibilidad de haber encontrado el cadáver de su hijo (Eisenstaedt, 2014: 70).

Lo que más me impresionó, sin embargo, fue que dijeron que “otros se murieron muy pronto, ya que los hombres no saben qué hacer con su dolor”. Me comentaban que después “de que algunos se murieron, encontramos a sus hijos, pero ya no estaban para que se reencontraran”. Completaron el relato diciendo: “los hombres no saben qué hacer con su dolor, pero al mismo tiempo lo que es claro es que se murieron por perder a sus hijos.” Una de las madres incluso añadió algo muy duro y necesitado de reflexiones sensibles y de categorías novedosas y más comprensivas para interpretarlo, ya que me daba a entender que “tan no sabían qué hacer con su dolor, que su estrategia fue morirse”. Es evidente que no lo describe como una búsqueda intencional de fallecer, pero sí quizá de perder la motivación y la razón para estar vivos.

En esta lógica, me propuse buscar referentes para nombrarlos y así poder verlos (“lo que no se nombra acaba asumiéndose que no existe”, se señala desde la filosofía del lenguaje) y tratar de acompañar su proceso de pérdida. Fue así que el libro de Eva Eisenstaedt, *Padres de Plaza de Mayo. Memorias de una lucha silenciosa*, se me presentó como un insumo para aproximarme modestamente a las vivencias por las que pasaron.

La autora presenta una serie de relatos con doce hombres a quienes les fue desaparecido un hijo o una hija durante la dictadura militar en Argentina, la cual inició con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Ellos fueron invitados a conversar sobre el contexto en el que esto ocurrió, en un formato libre y respetuoso de la diversidad de sentimientos que podían generarse con estos

recuerdos. Los padres comparten referencias sobre las actividades en las que estaban participando sus hijos y sobre las acciones y reacciones de ellos y de sus compañeras. A la par, se muestran de múltiples formas las repercusiones emocionales que dichos padres experimentaron y vivieron, lo que invita a pensar sobre las facetas de la paternidad que necesitamos explorar un poco más: pienso, por ejemplo, en una expresión que frecuentemente se utiliza al referirse a las mujeres en términos de que “ellas dan vida”, algo que se predica menos para aludir a los progenitores del sexo masculino. Incluso, hay campañas para reducir e idealmente eliminar la mortalidad materna que aluden a una consigna de “que no es posible que se mueran las mujeres por dar vida”. No obstante, es más extraño que se piense en los hombres como dadores de vida o, bien, que su muerte se asocie al hecho de que perdieron el sentido de lo que les alimentaba la vida: la existencia y presencia de sus hijos.

En la popular obra de cine y de teatro musical *El rey león* (Rob Minkoff y Roger Allers, 1994), se presenta un relato según el cual, Mufasa (el padre de Simba, el cachorro de león) le dice a su hijo que “siempre vivirá en él” (“Él vive en ti”, es el nombre de la canción). Resulta conmovedora la escena y la pieza musical en la que Simba se siente solo, después de la muerte de su padre. Por ello se dirige a él, a través de su recuerdo y lo increpa: “tú dijiste que siempre estarías conmigo” (“Noche sin fin”). Recupero esta analogía ya que los relatos de muchos progenitores podrían parafrasearse desde la lectura de que “sus hijos viven en ellos, ya sea vivos, desaparecidos o incluso muertos”.

UN ANTES Y UN DESPUÉS DE LA DESAPARICIÓN  
Sin pretender exhaustividad en el recuento, ni ambicionar un completo análisis del discurso del libro de Eva Eisenstaedt, deseo esbozar algunos de los temas y dimensiones que pueden identificarse en los relatos de los hombres, englobados por la autora en la categoría de “padres de Plaza de Mayo”, así como detenerme en las consideraciones que hace ella misma en tanto interlocutora de los protagonistas.

Eisenstaedt alude a que los padres narran historias sobre sus hijos con el fin de poder sobrevivir, incluso a pesar de su poca práctica de nombrar(se) y del trabajo que ello les genera. Robert Cox, quien prologa el libro, señala: “Eva cree que los Padres sobrevivieron gracias a un enorme deseo de encontrar la Verdad, luchar por la Justicia y ver juzgados a los ejecutores de la desaparición de sus hijos” (p. 13). Por su parte, Eisenstaedt destaca “aquellas voces emocionadas, quebradas y a veces hasta silenciosas de estos hombres no acostumbrados a relatar el recorrido de sus vidas” (153). Asimismo, la autora subraya que sus entrevistados “han luchado intensamente para seguir viviendo” (153). No obstante, apunta que “a medida que entrevistaba a los Padres, percibía [...] que la memoria no es espejo fiel ni receptáculo neutro. Por el contrario, es activa, deformante, parcial, interesada. Los recuerdos se van seleccionando para intentar seguir viviendo y poder soportar el desgarramiento reiterado que producen [...] emociones intolerables (que) no encuentran traducciones en palabras” (21). ¿Será que eso invalida su forma de nombrar(se) en el escenario de lo vivido?

En los relatos contruidos de manera libre por cada uno de los doce entrevistados, los hombres reconocen su dificultad para hablar de la experiencia vivida y, en ese tenor, admiten que las mujeres son más fuertes. “Abraham no había tenido oportunidad de hablar de su padecimiento. Tal vez porque no quiso, tal vez porque no pudo” (75). “Es importante que sigamos contando. Aunque nos cueste tanto y nos desgare el corazón” (58). “Ya pasó mucho tiempo. Sin embargo nunca hablé del tema. Hace tres o cuatro años, en la Casa de las Madres me animé a hablar. Soy muy sensible. Las Madres son más duras, más fuertes” (29). “Mi esposo era muy reservado. Él no hablaba de todo esto” (141).

En algunos de sus relatos emerge lo que definen como el *momento de ruptura* que reconocen a partir de la desaparición de su hijo o hija, e incluso hay un caso de un padre quien, siendo militar, vivió también la desaparición de su hijo y no lo denunció inmediatamente: “[...] la verdad es que no hay nada peor para un padre o una madre que se lleven a un hijo” (57); “mi vida es un antes y después de la desaparición de Fernando” (41); “por primera vez mi viejo pudo asumir públicamente su rol de padre de desaparecidos (militar con hijo desaparecido). De allí en adelante le cambió su vida” (133). “[...] mi padre confesó: si yo hubiera estado en actividad, nunca hubiera aceptado esas órdenes inmorales. Sufrió en silencio por la actuación de sus compañeros de las Fuerzas Armadas” (139).

Los hombres reconocen el *dolor como una experiencia que permanece* y hacen referencia a lo que, metafóricamente, podría considerarse como sus espacios de refugio: aparecen el trabajo y el deporte como formas de ocuparse en algo

más. “¿Cuánto tiempo se puede esperar a un hijo? ¿Cuál es la capacidad de un sujeto para aceptar la desaparición, la no recuperación de su cuerpo, la imposibilidad de hacer un duelo o realizar los rituales funerarios?” (23). “[...] para mí venir a la Plaza es una forma de descargar. Vengo siempre. Yo digo lo siguiente: mientras me den mis piernas, seguiré viniendo todos los jueves. Este es mi lugar de la memoria. Yo lo necesito” (32). “Insisto: esta historia es una cicatriz que nunca cierra. Siempre sangra” (42). “Yo no me caí como otros Padres por dos motivos: el deporte y el trabajo. Ambos me ayudaron a sobrellevar la búsqueda y la espera. Tenía una platea en el Club Huracán donde iba regularmente” (31). “[...] siempre nos conseguía una platea para ir a la cancha a ver los partidos. Era la única manera de sacar a Irma, mi esposa, porque ella no quería hacer nunca más nada” (71).

En términos de salud, emergen episodios de infartos, de depresión y de confusiones en la búsqueda de sus hijos e incluso de compañeras que reconocen que “lo mejor para su compañero” (padre de un hijo desaparecido) fue haber fallecido; o bien, el caso en que un hombre menciona el suicidio de su compañera ante el dolor vivido. “Cuando trabajaba me escapaba para hacer averiguaciones. Al poco tiempo que se lo llevaran a Claudio tuve un infarto. A los dos o tres años me hicieron tres *bypass*, a los diez años, otros cuatro” (57). “Mi esposo era muy reservado. Él no hablaba de todo esto. En el año 1992 lo operaron del corazón. Tres veces se descompuso y tres veces lo salvaron. Tenía puestos cinco *bypass*” (141). “En esa época yo iba caminando por la calle y lo veía a Norberto por todas partes. Un día me acerqué a un pordiosero:

lo miré a los ojos y el tipo se molestó, pobre. Le pedí disculpas y me fui. Hasta que otra vez me di cuenta que me estaba volviendo loco” (71). “Mi señora se suicidó en 1984. Después de ocho años no aguantó más” (29). “Fue todo muy tremendo y puedo decir ahora que, para él (el papá), morir fue un alivio” (49).

La lectura de género permite identificar escenarios a explorar más sistemáticamente, en particular ante lo que se ha nombrado como feminización de la reproducción. Los hombres consideran que el reconocimiento de la lucha por encontrar a sus hijos se lo merecen las madres, incluso cuando están aludiendo a lo difícil de la experiencia que han vivido ellos. Es decir, al construirse culturalmente la referencia de que las mujeres son quienes tienen a los hijos, tanto por ser quienes viven el proceso fisiológico del embarazo como por ser a quienes ancestralmente se les responsabiliza de su cuidado, se asume como natural que sean quienes sufren su pérdida. Esto se refuerza con la presencia más visible del movimiento de madres de la plaza de mayo; sin embargo, los padres padecieron las consecuencias emocionales y fisiológicas del dolor que les produjo la pérdida de sus hijos. A pesar de ello, varios hombres entrevistados reconocen que su presencia en la búsqueda no tuvo tanto mérito como el de sus compañeras, quizá porque también han asumido que los hijos son centralmente una pertenencia de las mujeres.

En la misma línea de reflexión, llaman la atención las diferencias que reconocen entre hombres y mujeres al procesar el duelo de la desaparición, así como su posición ante la no

evidencia de la muerte del hijo/a (por no haber visto su cuerpo), “a pesar de todo”. “Creo que solo las Madres de Plaza de Mayo son merecedoras de un reconocimiento, no nosotros, los Padres. Eso es patrimonio exclusivo de ellas” (89). “Aún hoy mi señora piensa diferente. Yo elaboré mi luto; para mí, mi hija está muerta. Mi señora en cambio, dice lo contrario. Mientras no le traigan el cuerpo, para ella sigue viva. Entonces ahí quedaron las cosas entre nosotros dos. *Cada uno hace lo que puede*” (127). “[...] para mí, Marcelo no está muerto, yo no he visto su cuerpo” (80). “[...] hice unos meses de rehabilitación hasta que un día le dije a mi señora: Gorda, no me hables más de Mirta. Quédate con tus pensamientos, yo me quedo con los míos. Respeto lo tuyo y por favor, respétame a mí” (127).

#### EL CUESTIONAMIENTO ÉTICO DEL PROCESO DE INVESTIGACIÓN

Quiero concluir esta breve visita al libro, destacando lo que podemos denominar “el compromiso ético” de quien genera conocimiento a través de obtener información con personas de un grupo de población específico, en particular quienes han vivido la experiencia desde el silencio. Por una parte, la autora reconoce el compromiso que siente con sus entrevistados y vive la publicación del libro como una forma de corresponderles (“La voz silenciosa de estos hombres, su manifiesta dignidad llevada adelante a lo largo de los años, los coloca en un lugar de merecido reconocimiento y de recuperada visibilidad”) (24), mientras que uno de los hombres comparte una frase muy crítica, que potencialmente cuestiona a quienes generan información y que no aseguran algún tipo de socialización de lo

aprendido con quienes son sus interlocutores y quienes proporcionan la materia prima de sus interpretaciones: “nunca nos devolvieron alguna tesis escrita con las palabras ‘hemos obtenido el título de doctor sobre la desaparición forzosa de personas en Buenos Aires y de la cual usted fue participe’. Ni siquiera sé dónde la presentaron. Es más, podrían haber sido de la CIA... cualquiera venía a preguntar” (96). En muchos casos quienes investigamos nos limitamos a difundir lo aprendido a través de publicaciones con formato académico e incluso generando resúmenes ejecutivos para quienes financian un estudio, pero es menor el trabajo que se promueve para asegurarse que los resultados de una investigación acompañen a los sujetos que compartieron sus experiencias de vida, quizá como un recurso para tomar distancia de sí mismos y, con ello, estimular una posición reflexiva sobre su cotidianidad.

Vale la pena preguntarse si quienes hacemos investigación podríamos incurrir en negligencia académica o periodística por una confidencialidad pasiva, limitada a guardar los secretos que nos han sido confiados, sin llegar a una confidencia activa, que supone comprometerse con lo investigado y con los personajes con quienes dialogamos. Estos hombres comparten la consigna, que ahora se reproduce en varios países ante la desaparición de 43 estudiantes de la Normal de Ayotzinapa en Guerrero, en México (el 26 de septiembre de 2014), de “vivos se los llevaron, vivos los queremos”. Podríamos parafrasearla diciendo: “vivos se los llevaron, construyamos referencias teóricas, políticas, lingüísticas y emocionales, para que sigan permanentemente con nosotros.”

Socializar lo conocido a través de diferentes formas de investigación es una manera de hacerlo y, en ese sentido, el libro de Eva Eisenstaedt es una buena contribución. ∞

Juan Guillermo Figueroa Perea

El Colegio de México

jfigue@colmex.mx